

SAN AGUSTÍN. LA MANSEDUMBRE (MT 5,4)

MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

1. INTRODUCCIÓN. LA MANSEDUMBRE ES UNA BIENAVENTURANZA

Los mansos son los humildes, los semejantes a los pobres de Yahveh, los que ponen toda la confianza en Dios, los que saben que sólo en Él está su felicidad. Están contentos con todo, y se conforman con la voluntad de Dios. Están llenos de esperanza en la benevolencia divina. Sufren dolores profundos, y son víctimas de duras opresiones, en las que no pueden contener su dolor. Viven situaciones fuertes y no expresan su protesta. Son los que moderan la ira, los que aguantan debido a la firmeza de su carácter. Triunfan sobre todo tipo de violencia, debido a que tienen una gran fuerza interior, que –al mismo tiempo– es serena e intransigente. Han hecho una verdadera opción por la no violencia. No quieren responder con mal al mal. No desean agredir. Siendo apacibles, en ellos hay sufrimiento y dulzura. Saben lo que significa poner la otra mejilla y ser golpeados ¹. Los que viven estas cosas son bienaventurados.

Ser manso no es ser un cobarde. La mansedumbre no es signo de un temperamento apático, frío o indiferente. El manso es aquel que no deja que se turbe su corazón (cf. Jn 14,1). Es el paciente que sabe que desde aquí salvará su alma (cf. Lc 21,19). Y ésta es la razón por la cual el manso

¹ Cf. *Biblia de Jerusalén*, Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao 1978, p. 1393; TRILLING, W., *El Evangelio de san Mateo*, Ed. Herder, Barcelona 1970, p. 93; MATEOS, J., y CAMACHO, F., *El Evangelio de san Mateo: lectura comentada*, Ed. Cristiandad, Madrid 1981, p. 55; CHEVROT, G., *Las bienaventuranzas*, Ed. Patmos, Madrid 1966^{4a}, p. 94; Mt 5,39; SOBRINO, J. A. DE, *Así fue Jesús*, Ed. BAC, Madrid 1984, p. 251. Todas las referencias anteriores están citadas en DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., “Mansedumbre cristiana –El reto evangélico de ser manso de corazón–”, *Revista Agustiniana* 29 (1988) 175 y 176.

está dispuesto a soportar el mal en silencio, a promover un bien oportuno, y a sublimar situaciones buscando sólo lo bueno (aunque internamente esté herido y lleno de sufrimiento). El manso es el que ha hecho una opción nítida por la manifestación de la bondad y del amor. Así va madurando como creyente en Cristo ² y se va convirtiendo en bienaventurado.

Hace falta mucha mansedumbre cuando los avatares de la historia y las noticias que llegan de acá y de allá dan signos de no poca inclemencia, dureza y agresividad. Es preciso optar por la mansedumbre para hallar y reflejar la bondad del Dios que es amor (1Jn 4,16) ³, y es así como se halla la bienaventuranza.

Bíblicamente, si atendemos a los LXX, captamos que el “manso” es el que está en un estado de no violencia. Cristo opta socialmente por la mansedumbre, al tomar la condición de esclavo (Fil 2,7). Él es el que sirve (Mt 20,28) y el que se autodenomina manso y humilde de corazón (Mt 11,29). El camino del servicio es el que han de transitar los que quieren hacerse grandes (Mt 20,26-27; 23,11). Cristo es el único heredero del Padre, y ha renunciado a todas las ventajas de esta herencia para que la posean los mansos-desheredados ⁴. Los socialmente mansos son los despojados (de tantas cosas), los oprimidos, los ninguneados... Son los que se transforman, incluso, en incapaces de defenderse y de hacer valer sus propios derechos. Son los escandalizados al ver la prosperidad y el bienestar de los que son sus opresores. El autor del salmo 37 los invita a no reaccionar, y a esperar la suerte que llegará al final para unos y para otros: vendrá el castigo para los malvados y el premio para los mansos. Los mansos son los que deben tener una fe viva en Dios, que es el único capaz de sacarlos de la situación de sometimiento en que se hallan ⁵. Y por esto son bienaventurados.

Ser manso es ser virtuoso. Esto deriva de la templanza saturada de amor. Se asocia a la pobreza, al servicio desinteresado, a la amabilidad, a la firmeza, al entusiasmo, al radicalismo evangélico, a la ascética cristiana y a la permanencia en la serenidad (aunque uno sea incomprendido, mal interpretado, menospreciado y despreciado en medio de la aversión). El manso hace la opción por seguir amando, desde el respeto

² Cf. DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., “Mansedumbre cristiana –El reto evangélico de ser manso de corazón–”, *Revista Agustiniiana* 29 (1988) 180.

³ Cf. LARRABE ORBEGOZO, J. L., *Las bienaventuranzas*, Ed. BAC (Cuadernos 32), Madrid 1980, pp. 23 y 24.

⁴ Cf. MAGGI, A., *Las bienaventuranzas. Traducción y comentario de Mateo 5,1-12*, Ed. El Almendro, Córdoba 2001, p. 90.

⁵ Cf. MAGGI, A., *Las bienaventuranzas*, pp. 91 y 92.

permanente y la buena conciencia ⁶. Y este *modus vivendi* le convierte en bienaventurado.

La mansedumbre conquista una herencia. El sal. 37,11 dice algo parecido a Mt 5,4: “ellos poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz”. La tierra prometida se ofrece a los mansos, y no a los violentos. Muchas veces esta “tierra” ha sido leída en clave espiritualista. La herencia se transformaba en la salvación del alma, y a ella se llegaba mediante la docilidad y la acrítica sumisión a las autoridades ⁷. El reino mesiánico es de los pacíficos, aunque en los reinados de este mundo las cosas parecen funcionar de otra manera ⁸.

La promesa de esta tierra es escuchada esperanzadamente por los desposeídos, los despojados de todo, los marginados, los oprimidos... A ellos Dios les devolverá “la tierra”, lo que les han robado. Esto los capacitará para dejar de ser desheredados, y les traerá una vida tranquila; la razón de lo anterior es que “disfrutarán de paz abundante” (Sal 37,11b). Los pobres serán de esta manera devueltos a su honor y a su dignidad. El ser herederos de “la” tierra les hará ser poseedores de un don universal (Eclo 44,21). Éstos son los bendecidos por Dios (Sal 37,22a). Éstos son los beneficiados por Dios, tras ser víctimas de la avidez de los poderosos... Les llegará un bienestar y una dignidad desconocidas para ellos. Y se cumplirán las palabras del Señor, que “concederá abundancia de bienes... en la tierra que el Señor había prometido...” (Dt 28,11) ⁹.

La tierra que los mansos van a heredar –y a recrear– es la tierra que se transformará en “un espacio de libertad, de amor, de relaciones interpersonales donde se desarrolla la vida gustosamente, pacíficamente, agradablemente” ¹⁰. Esta tierra los convertirá en dichosos y también en bienaventurados.

En no pocas ocasiones se ha visto que esta tierra prometida se refiere al más allá, a la llegada de “la Patria” de la eterna felicidad que todos anhe-

⁶ Cf. SANABRIA, J. D., *Mansedumbre cristiana*, pp. 176-177; 181-182.

⁷ Cf. MAGGI, A., *Las bienaventuranzas*, pp. 88 y 89. La “tierra” prometida es, ante todo, la patria celeste, la verdadera tierra de los vivos (DURAND, A., *Vangelo secondo Matteo*, Ed. Studium, Roma 1961, pp. 77-78).

⁸ El hombre manso termina, por lo común, perdiendo todos sus bienes. El Señor promete lo contrario. Dice que serán precisamente los mansos los que poseerán con seguridad los bienes que hay en la tierra (cf. CRISÓSTOMO, J., *Comentario*, 15,3: PG 57).

⁹ Cf. MAGGI, A., *Las bienaventuranzas*, pp. 92 a 95.

¹⁰ LARRABE ORBEGOZO, J. L., *Las bienaventuranzas*, p. 23.

lamos. La tierra se convertirá en la estancia de los hombres con Dios, en su Reino, para siempre.

2. SAN AGUSTÍN Y LA MANSEDUMBRE

¿Quiénes son los mansos, se pregunta Agustín? Y responde que son aquellos que, cuando les va bien, alaban a Dios, y cuando les va mal, no protestan contra Él ni le ofenden; en sus buenas obras glorifican a Dios, y en sus pecados sólo se acusan a sí mismos ¹¹.

Es preciso reconocer que la motivación de fondo de los mansos, según San Agustín, es la imitación de la suavidad y la moderación indulgente del mismo Cristo ¹². Desde aquí uno puede acatar lo que Dios permita o quiera, reconociendo siempre su amor infinito incluso en lo que nos desagrada. Entonces emerge la posibilidad de abandonarse mansamente en las manos de Dios. Cristo, el manso, nos ayuda a ponernos en los brazos del Padre.

Lo original en Agustín se cifra en que no reduce a Cristo (que es camino, verdad y vida [Jn 14,6]) a ser camino: lo identifica también con la patria, con la meta, con el destino luminoso al que los creyentes cristianos se dirigen. En su predicación reconoce que Cristo es el camino por donde se va y la meta a la que se va ¹³. Esta idea está en profunda relación con su doctrina del *Christus Totus*. Para nosotros es camino porque es hombre como nosotros; es también patria ¹⁴ porque participa de la naturaleza divina con el Padre y con el Espíritu Santo.

Por otro lado, también los santos y los mártires –que ya han llegado a la patria del Señor– son para nosotros intercesores que nos ayudan a ser

¹¹ Cf. ser. 9,6,7.

¹² Cf. ser. 87,9.

¹³ Ser. 261,7.

¹⁴ Pensando en la patria, Agustín habla de la Verdad. Ella es la “patria bienaventurada”: es la beatífica patria, el ámbito de máxima amplitud donde habitar amando y siendo amado. A ella se llega con la ayuda de los dones teologales, a saber: fe, esperanza y caridad (cf. MORENO URBANEJA, J. A., *El método*, 205). La fe, la esperanza y la caridad han de ir siempre juntas: son inseparables y se autoimplican recíprocamente para poder existir. Las tres son virtudes, son evangélicas, son de este tiempo, son bienes merecedores de paga, son ofrendas mediante las que el cristiano funge de liturgo en honor de Dios. Son cimientos sobre los que se construyen las fortificaciones de nuestra inmortalidad, son como andamios sobre los que se levanta el saber cristiano, como albañiles que construyen la Iglesia y como escaleras que llevan a la vida eterna (cf. ANOZ, J., *Fe, esperanza y caridad*, pp. 876-877).

mansos y a caminar dentro de la senda cristológica ¹⁵. Ellos nos animan, pues sin dejar de ser hombres ya han llegado a la patria: son estímulo para que no nos desanimemos en el camino de la mansedumbre. Agustín es tajante al señalar que fuera de este camino nadie se liberó, nadie se libera y nadie se liberará ¹⁶. Es un camino intrahistórico, que participa de los pesares de este mundo. También de la constante ayuda agraciante que Dios nos concede inmerecidamente ¹⁷.

Agustín subraya que el manso es dueño de sí mismo, sin dejarse dominar ni por tierras ni por propiedades. Así como el manso las posee, el rudo se deja poseer por ellas. El manso es, también, el que no cae en las redes de la avaricia, sino que prefiere adherirse al que hizo el cielo y la tierra. No opone nunca resistencia a su Dios, y soporta con valiente fortaleza las adversidades. Vive una vida coherente con su fe. Vive la tolerancia en una doble vertiente: hacia fuera al hereje, y hacia adentro al más cristiano. La consigna del manso consiste, entonces, en ser bueno y en tolerar al malo. El hiponense advierte que todavía no ha llegado la hora en la que el trigo esté sólo: ahora es preciso que el trigo bueno gima en la era, para poder gozar después del granero. El manso está llamado a no desfallecer. En las obras buenas sólo le agrada Dios, y en los males no le desagrade Dios. El manso, por lo demás, quiere que sean “amansados” sus días aciagos, sin que haya tropiezos en él mientras busca la paz. En efecto: el manso busca la “abundancia de paz” ¹⁸.

Veámos, a continuación, dos obras (la segunda es más bien un conjunto de obras), en las que el hiponense nos brinda unas perlas preciosas sobre la virtud de la mansedumbre. Nos referimos al *Sermón del monte* y a los *Sermones* predicados por el hiponense.

¹⁵ Otros momentos en los que el santo alude a “Cristo camino” son civ.Dei 12,20,3; doc.Chr. 1,34,38; ser. 141,4; ser. 168,4; en.Ps. 103,4,6; ser. 141,4; en.Ps. 36,2,15 y 16; ser. 261,7; ser. 123,3; y en.Ps. 84,2.

¹⁶ Civ.Dei 10,32,1-2.

¹⁷ Para el propio santo es *via* –camino– en tres direcciones: histórica, teológica y antropológica. En primer lugar la histórica, en tanto que la conversión de Agustín supone el gran encuentro con el Camino, que después el santo identifica con el único camino de salvación. En segundo lugar la teológica, que une a Cristo Camino con el Verbo Encarnado, en cuanto Mediador entre Dios y los hombres, que conduce a nuestra miseria a lo excelso de la Divinidad. En tercer lugar la antropológica, porque para el hombre en el camino hacia la Patria feliz, Cristo es el modelo de cómo caminar (cf. GALATI, L., *Cristo la Via*, 11 y 12). Ampliamos la reflexión sobre “Cristo Camino” en SIERRA, S., *Patria y camino*, 122 a 127.

¹⁸ Cf. CAMPELO, M. M^a, «San Agustín: las bienaventuranzas. Prolegómenos y doctrina», *Revista Augustinus* 49 (2004) 227 y 228.

A. De sermone Domini in monte

La obra de San Agustín titulada *De sermone Domini in monte* (coloquialmente conocida como el “Sermón del monte”) es un texto emblemático del hiponense a la hora de hablar de la mansedumbre. El texto lo escribe Agustín un poco antes de su consagración episcopal, siendo todavía presbítero. Nos ubicamos cronológicamente en los primeros años después de su conversión, y en la obra se recogen sus meditaciones iniciales y los comentarios catequéticos primeros, dirigidos a los fieles del pueblo cristiano. Estamos ante un tratado exegético que se enmarca entre la temática doctrinal y la catequística. Los años de su composición son el 393 y el 394. El texto explicativo del sermón del Señor en el monte, comentando el texto mateano, se divide en dos libros. El primero de ellos Agustín lo dedica a exponer la primera parte contenida en el capítulo 5º del evangelio de San Mateo. El segundo de ellos lo dedica a los capítulos 6º y 7º. Es cierto que el santo analiza en un examen muy detallado las bienaventuranzas, siguiendo al pie de la letra a San Mateo en todo el primer libro y también en parte del segundo ¹⁹.

En relación a la bienaventuranza de la mansedumbre, vemos que la ubica en el segundo grado de la perfección. En este grado espiritual, el alma viene al conocimiento de las Sagradas Escrituras, donde con el espíritu de piedad aprende la mansedumbre para que nunca se propase a censurar aquello que los indoctos juzgan absurdo, y no se haga culpable de indocilidad sosteniendo obstinadamente contiendas. Después empieza ella a conocer los lazos con que las inclinaciones de la carne y los pecados la sujetan a este mundo ²⁰. En el capítulo cuarto del primer libro, el obispo de Hipona advierte que la piedad corresponde a los mansos. Quien investiga humildemente honra la Sagrada Escritura, no censura lo que aún no comprende y, por tanto, no la contradice. Esto es según el santo ser humilde; y por esto se dicen felices los mansos ²¹.

A los mansos les fue dada la herencia como testamento del Padre, porque saben buscarle con piedad según lo expresan las palabras: “felices los mansos, porque ellos en heredad poseerán la tierra” ²².

Agustín habla también en el libro primero de esta obra, y más concretamente en el capítulo décimo octavo, de las diferencias entre la manse-

¹⁹ Estas consideraciones las vemos en GARCÍA, F., *Introducción al “Sermón de la Montaña”* en SAN AGUSTÍN, *Obras completas (vol. XII)*, Ed. BAC, Madrid 1954, pp. 774 y 775.

²⁰ Cf. ser.Dom.mon. 1,3,10.

²¹ Cf. ser.Dom.mon. 1,4,11.

²² Ser.Dom.mon. 1,4,12.

dumbre y la misericordia. La mansedumbre y la misericordia se asemejan y se confunden; pero hay en ellas cierta diferencia; y es que el hombre manso acepta con piedad y sin contradicción las sentencias divinas pronunciadas contra sus pecados. También las palabras de Dios, que aun no comprende, más sin prestar beneficio alguno a aquel a quien se complace en no oponer ni contradicción ni resistencia. Por otro lado, el hombre misericordioso cede por la intención de corregir a aquel que se haría peor resistiéndole ²³.

Si la piedad es la que hace bienaventurados a los mansos, porque ellos poseerán la tierra, pidamos que venga su reino, ya sea a nosotros mismos para que nos amansemos y no le resistamos, ya del cielo a la tierra con la gloria del advenimiento del Señor, en el cual nos alegraremos y conseguiremos la gloria ²⁴. Si queremos el reposo para nuestras almas, entonces hemos de hacer caso al Señor cuando nos indica: “Venid a mí todos los que estáis agobiados y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas. Porque suave es mi yugo y ligera mi carga” ²⁵. La mansedumbre es, finalmente, un fruto que nace del árbol bueno, el cual está asociado permanentemente a la obra del Espíritu ²⁶.

B. Sermones

A lo largo de los 7 volúmenes de los *Sermones* agustinianos publicados en lengua española (6 en la BAC y 1 en la Editorial Revista Agustiniana), hallamos elementos doctrinales significativos que complementan la visión que el hiponense tiene de la mansedumbre.

En el sermón 4^o Agustín asegura que la mansedumbre está simbolizada en el lampiño. Advierte que a nosotros nos llega la bendición cuando estamos limpios de pecado por el nacimiento de la regeneración, lo cual nos capacita para soportar con tolerancia los pecados ajenos. Pone el ejemplo de una madre que ha engendrado a dos hijos, uno hirsuto y otro lampiño. Los pelos significan los pecados, mientras que la finura significa la mansedumbre o la ausencia de pecados. El manso, por tanto, es el que no tiene pecados. No obstante la bendición de la Iglesia llega a los dos géneros de hijos, aunque deseando que el que obra mal convierta sus perversos

²³ Cf. ser.Dom.mon. 1,18,55.

²⁴ Ser.Dom.mon. 2,11,38.

²⁵ Ser.Dom.mon. 2,23,77.

²⁶ Cf. ser.Dom.mon. 2,24,81.

comportamientos. Como ejemplo de la madre que tiene dos hijos, el santo pone a Rebeca, madre de gemelos ²⁷.

El sermonario agustiniano sirve también de ocasión para hablar de un dilema o de una “encerrona” en la que los fariseos pusieron a Cristo. Al comentar el salmo 2,10, en el sermón 13º, Agustín se fija en la escena en la que le presentan a Jesús una mujer que ha sido sorprendida en adulterio. Los fariseos se acercan a Cristo con una intención dolosa y fraudulenta, de manera que, si Cristo manda apedrear a aquella mujer difamada, entonces podrían acusarle de falta de mansedumbre. En el caso de que Cristo prohibiera cumplir la ley, entonces lo acusarían de ser un violador de la ley. Es decir: que los fariseos le dicen al Señor que una de dos: o bien opta por el cumplimiento de la ley o bien opta por su violación. En el caso primero (cumplir la ley) entonces sería acusado de falta de mansedumbre, dando la impresión de que no se puede ser obediente a la ley y manso al mismo tiempo. Es conocido cómo Cristo pulveriza esta argumentación farisáica, dejando a la vista de todos que no existe nadie carente de pecado, capacitado para lanzar la primera piedra ²⁸. Cristo cumple la ley, es manso, y da una lección de realismo a todos aquellos que querían apedrear a la que –como todos– era pecadora.

En el sermón 47º, Agustín redescubre la mansedumbre grande que adorna el corazón del Señor y Dios nuestro. En Él hallamos una gran delicadeza, una gran misericordia, y una gran mansedumbre. Agustín advierte a sus oyentes, de manera que –ante tan magna mansedumbre– no se abuse de la paciencia de Dios para aumentar la maldad propia; ya que Él carga nuestros pecados, no hemos de multiplicarlos para añadirle más peso, aunque Él no se fatigue al llevarlos. Dios, continúa el hijo de Santa Mónica, no se complace en nuestras malas acciones: esto es lo que piensan algunos cuando ven que obran mal y no les acaece nada malo. El Dios manso más bien está esperando la conversión de vida del pecador, mientras que le atrae a su semejanza, le amonesta, le enseña, le exhorta y le corrige, queriendo una semejanza cada vez mayor entre la criatura y su Dios ²⁹. En este mismo sermón, Agustín advierte a los hombres que –creyéndose justos– tratan con dureza a los demás; frente a ellos afirma que es preferible no rechazar a arrojar a los necesitados de conversión, mostrando con ellos la mansedumbre del que apacienta ³⁰.

²⁷ Cf. ser. 4,14.

²⁸ Cf. ser. 13,4.

²⁹ Cf. ser. 47,5.

³⁰ Cf. ser. 47,17.

En el sermón 53^o nos recuerda que, si es verdad que los mansos poseerán la tierra, también es cierto que hemos de tener cuidado para no ser poseídos por ella. Solo poseeremos la tierra si somos mansos. Cuando escuchamos el premio que se nos propone, no hemos de abrir el saco de la avaricia (*avaritiae sinum*), queriendo poseer la tierra solos, excluyendo cualquier vecino nuestro. *Sólo poseeremos verdaderamente la tierra cuando nos adheramos a quien hizo el cielo y la tierra. Tras esta lúcida indicación, el santo nos indica en qué consiste ser manso: “en no poner resistencia a Dios, de manera que en lo bueno que haces sea él quien te agrade, no tú mismo; y en lo malo que sufras no te desagrade él, sino tú a ti mismo. No es poco agradarle a él desagradándote a ti mismo, pues le desagradaría a él agradándote a ti”*³¹. Vivir con mansedumbre nos habilita también para ver a Dios, porque no hemos de pensar que solamente han de ver a Dios los limpios de corazón, excluyendo a los restantes que viven otras bienaventuranzas: “*todos son todas estas cosas a la vez*”³².

Los mansos son los que no ofrecen resistencia a la voluntad de Dios. Son los que cuando les va bien alaban a Dios, y cuando les va mal no le blasfeman. Son los que glorifican a Dios por sus buenas obras y se acusan a sí mismos por sus pecados. Éstos son los mansos y éstos son los que poseerán la tierra en herencia. La tierra a la que se refiere la bienaventuranza es la tierra de los vivos, en la que el galardonado encuentra al que es su esperanza y su parcela³³.

El manso es el que ama la ley de Dios, de manera que al hallar la fuente abundantísima de las palabras de la Escritura, es protegido contra los escándalos (*contra scandala munitus*)³⁴. Un escudo inigualable –entonces– es hoy la mansedumbre para los cristianos que viven conmocionados, perplejos por las noticias y las sorpresas insólitas, en esta segunda década del siglo XXI. Cuando hablamos de ser mansos hablamos de “una cosa importante” (*magna res*), que es necesaria ante la adversidad. El manso es el adoctrinado por Dios con su ley, y al que Dios suaviza los días malos. En cuanto amante de la ley de Dios, tiene gran paz en su corazón, y no hay para él escándalo. Es la ley eterna la que alumbró los pasos de los mansos. Hablamos de los que en todas las acciones buenas, en cuanto de bien hacen, lo único que les agrada es Dios y en los males que sufren no les desagrade. Así los mansos se deleitan en la abundancia de la paz. No caen en la tentación de complacerse en cuanto de bueno hacen, pues Dios

³¹ Ser. 53,2.

³² Ser. 53,9.

³³ Ser. 53 A,7.

³⁴ Ser. 81,1.

resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes. Si hacemos esto, también nosotros viviremos y no nos engullirán los días malos³⁵.

Agustín de Hipona asocia la mansedumbre al tema del perdón de las ofensas. También al tema de la corrección. El santo se pregunta por qué uno piensa o juzga que devuelve mal por mal cuando da un correctivo al que peca. No se ha de pensar de tal modo: se devuelve bien por mal, y no se obraría bien si no se da. Eso sí, de vez en cuando hay que suavizar la corrección con la mansedumbre, pero la corrección se hace. Una cosa es eliminar la corrección por negligencia y otra suavizarla con la mansedumbre³⁶. De manera que el santo dice sí al perdón de las ofensas y sí a la corrección del pecador, aunque empleando el bálsamo suavizante de la mansedumbre cuando fuera menester. Lo que es cierto es que la corrección siempre ha de realizarse por el bien salútfiero del que ha caído en el error y en el pecado.

El sermonario agustiniano también es testigo del tándem humildad y mansedumbre. Habla Agustín de ellas, cuando insta a sus oyentes para que no se corrompan las costumbres con charlatanerías. Los invita a vigilar, de manera que no se les apague la esperanza, no se les debilite la paciencia, y vayan a dar en caminos de perversión. Es preferible optar por la humildad y la mansedumbre, con las cuales los cristianos hemos de caminar por los caminos rectos que nos enseña el Señor. Si uno no es humilde y manso no puede conservar perpetuamente la paciencia en medio de las fatigas de este mundo, sin la cual no se puede custodiar la esperanza de la vida futura.

Es evidente que no hemos de ofrecer resistencia a la voluntad de Dios, cuyo yugo es ligero y cuya carga es suave para todos aquellos que creen en Él, que esperan en Él y que le aman a Él. Humildad y mansedumbre son dos virtudes que, unidas, no nos llevan sólo a amar las consolaciones de Dios, sino también a soportar sus castigos, como buenos hijos. Sí: la mansedumbre es una virtud del buen hijo. Ella nos capacita para esperar pacientemente lo que aún no vemos, y para caminar en Cristo, en su palabra y en su ejemplo. Él es, precisamente, el que no opuso resistencia a la voluntad del Padre, y el que no consideró objeto de rapiña el ser igual a Dios. Además, su obediencia fue única en cuanto que se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, y entregándose personalmente por nosotros³⁷.

³⁵ Cf. ser. 81,2 y 3.

³⁶ Cf. ser. 114 A,5.

³⁷ Cf. ser. 157,2.

En el sermón número 274 el hiponense habla a sus oyentes de la mansedumbre, contextualizándola al hablar del martirio de San Vicente, diácono de Zaragoza, aunque nacido probablemente en Huesca y martirizado en Valencia en el año 304 durante la persecución de Diocleciano³⁸. Los mansos son quienes se alegran (“*escúchenlo los mansos y alégrense*”), ya que en ellos moran las palabras y los hechos. El que no es manso podemos decir que anda despistado, pues desconoce realmente a qué saben las palabras bíblicas “*mi alma se gloriará en el Señor*”. La mansedumbre, por tanto, capacita al oyente y al lector en orden saborear y a captar el significado profundo de este texto escriturístico. Y si el manso es el que obtiene este beneficio, su contrario es el que queda caracterizado agustinianamente por ser soberbio, áspero y orgulloso; busca la gloria en sí y no en el Señor³⁹.

Otro sermón en el que el santo habla de la mansedumbre es el número 357. El título latino que encabeza este sermón es *De laude pacis*, que traducido al castellano suena como “*Elogio de la paz*”. Agustín invita a la superación de las disensiones, y a la búsqueda de la paz. Una paz que se encuentra cuando uno se deja alcanzar por la luz de Cristo. Una paz que se goza en la unidad de los seguidores del Señor Jesús. Una paz que, para ser gozada interna y externamente, exige la previa curación de los ojos enfermos. Los ojos enfermos de los cismáticos y de los disidentes (en términos eclesiológicos, Agustín se refiere –obviamente– a los donatistas) han de ser sanados. Y es precisamente en este momento del proceso cuando el santo habla de la mansedumbre. ¿Cómo han de curar los católicos a los enfermos y a los separados? Han de sanarlos mostrándoles “*la mansedumbre cristiana y católica*”. Hay que instar a los enfermos para que se curen. Hay que curar los ojos enfermos con cuidado, y hay que tratarlos con suavidad.

Es la hora de evitar litigios y disputas, deseando que no salten las chispas. Es la hora de ver con cuánta suavidad tratan los médicos a los que curan, aunque sean mordaces. Escuchan el insulto y en cambio ofrecen la medicina, sin devolver insulto por insulto. Éste debe ser el *modus operandi* propuesto por Agustín. A quien no ama la paz y tiene deseos de litigios, los cristianos han de responderles con mansedumbre, ya que tanto el litigante como el oyente (manso) están unidos por la fraternidad. Así Agustín anota que el fruto de la paciencia y de la gran mansedumbre desemboca en que sea honrado el nombre del Señor. Ante los que buscan el litigio, los mansos han de responderles con ardor y suavemente, con un corazón inflamado en el fuego de la caridad, sin la hinchazón de la disensión, suplicando

³⁸ Alusión citada en SAN AGUSTÍN, *Obras Completas (Volumen XXV / Sermones [5º]. 273-338)*, Ed. BAC, Madrid 1984, p. 12, nota a pie 1.

³⁹ Cf. ser. 274.

al Señor con ayunos solemnes, con corazón humilde, piadosa confesión, temor fraterno, limosnas (que posibilitan que nuestras oraciones sean oídas más fácilmente) y hospitalidad ⁴⁰.

3. LOS EJES DE LA MANSEDUMBRE AGUSTINIANA

A. Dios y los demás

Nos dice el Hiponense: *“Si aspiras a la mansedumbre cristiana, hagas lo que hagas, procura hacerlo no por agradarte a ti, sino por complacer a Dios”*⁴¹. El manso trata con Dios con una ternura filial, por amor y por sumisión a Él. El don de la piedad –que le hace manso– le lleva a soportar lo que sea. Es la piedad la que hace bienaventurados a los mansos ⁴². Mediante ella, el hombre se relaciona convenientemente con su Dios.

El manso no sólo ama a Dios cuando éste consuela, sino también cuando castiga. Es el momento de sufrir los azotes como buenos hijos que, fiados del Padre, aguardan lo que no ven y lo aguardan con paciencia ⁴³. La paciencia del manso sabe que Dios nunca le va a defraudar; por esta razón posee paciencia ante la espera de la manifestación de su bondad infinita, especialmente en los momentos que parecen contradictorios ⁴⁴. Viviendo cerca de Dios, el manso facilitará que actúen en él las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo. Tendrá una sabrosa experiencia de semejanza con Cristo, hallando el descanso y la seguridad en Él ⁴⁵.

Nos asegura Agustín que en cuanto seamos mansos y en cuanto seamos pacientes el Señor Dios nos ensillará y nos conducirá por sus caminos ⁴⁶. En el camino de la vida hemos de estar mirando siempre a Dios; no hemos de estar buscando alabanzas para nosotros mismos, sino que éstas han de ser para aquel que va sentado sobre nosotros ⁴⁷. Y este Dios al que hemos de volver una y otra vez nos da enseñanzas insuperables; ante Él, el Dios que se ha humillado, hemos de avergonzarnos nosotros de ser soberbios. Sí, entrar en la presencia de Dios es entrar en la presencia de

⁴⁰ Cf. ser. 357,1-5.

⁴¹ Ser. 81,3.

⁴² Ser.Dom.mon. 2,11,38.

⁴³ Cf. ser. 157,2.

⁴⁴ Cf. en.ps. 70,1,6.

⁴⁵ Cf. DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Mansedumbre cristiana*, p. 181. También en.ps. 48,2,6; civ. Dei 11,31; conf. 2,6,13, 4,11,16; 13,9,10.

⁴⁶ Cf. en.ps. 111,8.

⁴⁷ Cf. en.ps. 33,2,5.

la mansedumbre y del abajamiento. Si verdaderamente nos convertimos nos resultará fácil hacernos mansos y también humildes en la presencia de Dios; recordaremos nuestra mala vida pasada y consideraremos la infinita misericordia de Dios, admitiendo que *“donde abundó el pecado allí sobreabundó la gracia”*⁴⁸.

Por otro lado, si el manso quiere portarse bien con los demás, entonces su mansedumbre ha de brotar de dentro, del corazón, del interior... Esto le capacitará para mostrarse como manso incluso frente a los que le son adversarios o antipáticos. El manso ha de brindar a este tipo de personas la afabilidad, la benignidad, la bondad y la dulzura que fluyen de su mansedumbre⁴⁹. Y entonces las obras del manso serán buenas, y glorificarán al Padre según el deseo de Cristo (Mt 5,16).

El manso trata al prójimo como a un verdadero hijo de Dios. Le quiere como a un verdadero hermano. Lo identifica con Cristo. Le profesa un amor sincero, desinteresado y a toda prueba. Agustín, en este sentido, invita a amar al hermano de tal modo que uno esté dispuesto a dar la vida por él⁵⁰. Hemos de ser fuertes, soportando la debilidad de los débiles y no buscando lo que es de nuestro agrado⁵¹. Como directrices para alcanzar una buena relación con el prójimo, Agustín nos exhorta a guardarnos de fraudes en los negocios, a huir de la mentira y del falso testimonio, y a evitar la locuacidad⁵².

En la relación con los demás, el hombre manso es delicado y elegante. Prefiere no juzgar de lo que no tiene certeza, ni tampoco sostener lo que no es cierto o conocido. El hombre que quiere cristianamente a los demás, es más propenso a pensar bien del prójimo que inclinado a sospechar el mal. Es un hombre que no se apura de haberse equivocado pensando bien de lo que es malo; por el contrario, sí estima una gran desgracia cuando por casualidad piensa mal de aquello que es bueno⁵³.

Los mansos no oprimen a nadie, no sacan partido, y no piensan en la venganza o en la violencia a la hora de alcanzar sus objetivos. Son pacientes y generosos de corazón con los demás. Se identifican con los hombres nombrados en el salmo 37,11, que son los que gozarán de inmensa paz, los

⁴⁸ Cf. Rom. 5,20 y virg. 35-36. Citado en SAN AGUSTÍN, *Nos hiciste Señor para ti. Kempis agustiniano*, Ed. BAC, Madrid 1994, p. 431.

⁴⁹ Cf. DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Mansedumbre cristiana*, p. 179.

⁵⁰ Cf. ser. 332,1.

⁵¹ Cf. mor.man. 32.

⁵² Cf. ser. 260.

⁵³ Cf. en.ps. 147,15-16. Citado en SAN AGUSTÍN, *Nos hiciste Señor para ti*, p. 456.

pobres ante Dios y ante los demás, y los invitados a poseer el reino de los cielos. Los mansos son los que viven la mansedumbre como disposición de espíritu de aquellos que siguen a Cristo (rey, triunfador y manso); ellos serán los herederos de la vida eterna. Son los hijos de Dios, los habitantes de una tierra llena de delicias, los que vivirán la estabilidad de la eternidad, los que descansarán con santo amor, los que experimentarán la vida de los santos, los que vencerán el mal con el bien, y los que –finalmente– poseerán una tierra de la que no podrán ser desposeídos ⁵⁴.

B. Cristo ⁵⁵

La mansedumbre la aprendemos cuando tratamos de seguir y de imitar a Cristo. Él nos habla de la radicalidad del cristianismo. Nos habla de la coherencia de estar con Cristo, para no “desparramar” (Mt 12,30). Ser manso con Cristo exige dejar incluso lo más íntimo (Lc 9,60; Mt 19,10-12). Es entonces cuando uno se va revistiendo de los mismos sentimientos de Cristo (Flp 2,5-8).

Cuando Cristo habla de la bienaventuranza de la mansedumbre no se dirige a un grupo elitista o selecto. La mansedumbre es para todos los cristianos. Nos dice: “aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas” (Mt 11,29). En el Señor Jesús se cumple la profecía de Jeremías, que alude a que como manso cordero es llevado al suplicio, siendo inocente (Jr 11,19). No es fácil ser manso como Cristo. Exige ser crucificado, aunque la otra cara de la moneda sea el ir participando de la liberación y del gozo que Cristo otorga.

Cristo enseña al manso a posicionarse ante las cosas costosas. Le enseña a superar el sufrimiento y los obstáculos de la vida, siempre desde la paciencia y la generosidad. Admitamos que Cristo se caracterizó fundamentalmente por su mansedumbre: esto habla de su bondad con todos, de su carácter sencillo y atrayente, de su dulzura, de su prudente suavidad, de su capacidad de atraer a los demás, de desgastarse amando a los otros... Esto supone mucha paciencia, espíritu de sacrificio, abnegación, amor a la cruz, generosidad, de manera que siempre esté en él la dulzura del corazón ⁵⁶. El Cristo en el que cree San Agustín es manso, y es llevado como

⁵⁴ Cf. LARRINAGA BENGOCHEA, I., *Las bienaventuranzas en San Agustín*, Ed. FAE, Madrid 2003, pp. 6 y 7.

⁵⁵ Cf. DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Mansedumbre cristiana*, pp. 173 a 175.

⁵⁶ Cf. Pat. 2,2, que aparece también citado en DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Mansedumbre cristiana*, pp. 192 y 193.

una oveja al sacrificio ⁵⁷. Al mismo tiempo que es como la oveja sacrificada, Cristo, es el manso Cordero. Está caracterizado por una serie de rasgos que veremos a continuación ⁵⁸.

– **Inocencia.** En Cristo, el Cordero manso, hallamos la inocencia personificada. Nos llama la atención descubrir que Cristo sacerdote, el único mediador salvífico y todopoderoso, es también el Cordero inocente de Dios ⁵⁹ que quita el pecado del mundo (Jn 1,29). Mirar a Cristo es encontrarse con la luz limpia y con la claridad de la inocencia, que no de la ingenuidad. Él es el Cordero que espera, que purifica de la mancha hereditaria, que borra los pecados personales ⁶⁰ y que nos invita a vivir en la transparencia. Es también el Cordero que guía a los que le siguen ⁶¹. Cuando Agustín mira al Cordero de Dios es consciente de que Dios proporciona el propio cordero para el sacrificio; por eso se trata de un cordero digno, que va a ser aceptado agradablemente ante sus ojos. Se trata de un Cordero sin defecto (Lv 1,10), sin mancha (1 P 1,18-21). Juan Bautista es el que le presenta “oficialmente” y le señala como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1,25-37) ⁶². En Él se simbolizan la mansedumbre, la pureza, la inocencia...: así es un paradigma luminoso. Es un Cordero que ofrece, a través de su propio sacrificio ⁶³, una salvación universal. Con su sangre ha comprado para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación (Ap 5,9).

– **Inmolación.** Ciertamente, cuando nos acercamos al Antiguo Testamento, descubrimos que allí Isaac aparece como tipo de Cristo (Gn 22,1-13). El *Christus Sacerdos* es al mismo tiempo –y misteriosamente– el

⁵⁷ Cf. ser. 274.

⁵⁸ Ya que nos parece muy oportuno para este tema que ahora nos ocupa, copiamos y reproducimos aquí íntegramente (con ligerísimas diferencias en la presentación de los párrafos) lo que ya expusimos en su día en nuestra tesis doctoral. Ésta está accesible y puede consultarse en SÁNCHEZ TAPIA, M., *Jesucristo, el único iluminador salvífico, en la teología espiritual de San Agustín (Tesis doctoral. Volumen 1º)*, Universidad Pontificia Comillas [Serie: Tesis 213 / Número de acceso: upc.483308c6], Madrid 2012. En el presente artículo retomamos las páginas 143 a 150.

⁵⁹ Esta inocencia de Cristo aparece ligada a su pureza (que a veces es acentuada por Agustín como el privilegio que le sustrae de nuestra condición de seres mortales) y a la muerte injusta del que es el Salvador que nos libera de nuestra esclavitud (cf. RIVIÈRE, J., *Le dogme*, 200).

⁶⁰ Corrept. 11,29. También aparece esta reflexión en c.ep.Pel. 1,8,13.

⁶¹ Y –más concretamente– a las que las siguen, pues Agustín ofrece estos pensamientos al hablar de las vírgenes consagradas (virg. 49).

⁶² Sobre Cristo Cordero de Dios ver CEC 608.

⁶³ Ep. 55,16,29.

Cordero pascual, la Víctima pascual. Es el Cordero inmolado ⁶⁴ ofrecido como expiación por los pecados del mundo. Hemos sido rescatados con la sangre preciosa de Cristo (1 P 1,18). Él es el Cordero que, por amor, ha sido inmolado: *“En la misma revelación se habla de la visión de las almas de los mártires y del Cordero como inmolado, que tenía siete cuernos, y aparecen caballos y otros animales figurados con todos sus caracteres, y, finalmente, se dice que las estrellas cayeron del cielo y que el cielo se enrolló como un libro que se enrolla, y, sin embargo, no se desplomó el universo”*⁶⁵.

Es necesario reconocer con sorpresa y convencimiento que vencemos a Satanás gracias a la sangre de este manso Cordero. Gracias a Dios podemos lavar y blanquear los vestidos en la sangre del Cordero (Ap 7,14) y ser así mártires-testigos a causa de la fe en Él. La sangre del manso Cordero tiene capacidad para lavar la ciudad, para iluminarla, para salvarla. Es la iluminación acontecida por el Cordero de Dios: Él por solidaridad –no por necesidad– carga con los pecados del mundo (Is 55,48) y se entrega en ofrenda por el pecado (Lv 4, 32-35). Admite el desarrollo del proceso de inmolación ⁶⁶ y así nos marca el camino para nuestra propia entrega personal y comunitaria.

– **Víctima.** Cristo, nuestro mejor modelo de mansedumbre, se convierte en víctima pascual ⁶⁷ a causa de una serie de poderes oscuros y pecaminosos ⁶⁸ que le llevan inexorablemente a la cruz. Estos pode-

⁶⁴ Es la inmolación cristológica la que abre las puertas a la posibilidad real del tránsito, del paso de este mundo al Padre (civ.Dei 16,43).

⁶⁵ An. et or. 4,15,21.

⁶⁶ Además su sangre, que ha rociado las puertas, hará que el ángel exterminador pase de largo por las casas de los israelitas sin herirles (Ex 12,7). La sangre de toros y machos cabríos no puede quitar pecados (Hb 10,1-4), pero la suya trae la redención. En Él –como vemos en el Apocalipsis– se da una paradoja misteriosa: el Cordero aparece degollado y triunfante al mismo tiempo. El degollado es el triunfante, sentado sobre el trono (Ap 5, 1-14). Es digno el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza (Ap 5,8ss.). Aparece un nexo entre Cordero-Martirio-Cruz y Victoria. También, en la teología agustiniana, vemos que Cristo es Cordero y Pastor al mismo tiempo. Por eso aparece una imagen de una tremenda fuerza expresiva y didáctica: el Cordero inmolado mantiene su dignidad (Ap 5,6) apareciendo ante el trono de Dios. Cuando toma el libro de la vida, los veinticuatro vivientes se postran ante Él y lo mismo hacen los veinticuatro ancianos (Ap 5,8). La victoria final es suya, y su entrega es ejemplo de cómo el cristiano debe vivir. No temamos las heridas causadas por seguir a Dios: se convertirán en heridas luminosas.

⁶⁷ Comenta Agustín el texto paulino de 1 Co 5,7-8 según el cual Cristo –nuestra pascua– ha sido inmolado (doc.Chr. 4,21,49).

⁶⁸ Agustín –en un ejercicio fuerte de realismo– asimila toda la crudeza de la pasión del Señor: asegura que tal es la vida de los mortales que ni el mismo Señor pudo salir de ella sino por la muerte (civ.Dei 17,18,2).

res viven dentro de los que se cierran a la luz de Cristo Sacerdote. Aun sin ser Él pecador, recae sobre Él el peso del pecado, llegando a herirle. Sorprendentemente sus heridas nos curan (Is 53,5). Él es consciente del complot de fuerzas oscuras que le rodean. No obstante Cristo asegura que nadie le quita la vida: es Él quien la entrega libremente ⁶⁹ (Jn 10,17-18). Él bebe libremente el cáliz ⁷⁰ y por amor a nosotros asume la inmolación ⁷¹. Los poderes oscuros que acaban con la vida, con el alma de la Luz del mundo ⁷², con el iluminador, forman una compleja urdimbre política y religiosa. En este contexto las críticas de Agustín son muy duras contra los judíos (probablemente las más duras de las que salen de su pluma hacia un grupo religioso ⁷³). Ellos aprueban maniobras oscuras porque –de hecho– son presentados falsos testigos para que a Cristo le condenen los jueces. También los guardias del sepulcro testimonian en falso y, tras contar a los judíos las cosas que ven, son sobornados ⁷⁴.

Uno se siente exasperado al leer lo que acabamos de indicar, pero así son las cosas. Estos poderes oscuros manifiestan que el desorden tenebroso del amor de la ciudad terrenal ⁷⁵ exige y pide una restauración en el orden interior del amor. ¿Habrá sitio para la Luz de Dios en medio de una situación tan bochornosa? La Víctima ⁷⁶ nos grita que hemos de defender

⁶⁹ Esto lo hace ofreciendo el sacrificio expiatorio del cuerpo y la sangre (an. et or. 2,15,21).

⁷⁰ Mor. 2,14,33-34. En el contexto sacrificial se dio providencialmente un cruce de voluntades, ya que “por medio de la mala voluntad de los judíos la buena voluntad del Padre sacrificó a Cristo por nosotros” (ench. 101,1).

⁷¹ Doc.Chr. 4,21,49.

⁷² Alma o espíritu aparecen en algunas ocasiones como sinónimos en la literatura agustiniana (an. et or. 4,23,37). En cuanto al cuerpo entregado del propio Señor afirma que no experimentó la putrefacción o la corrupción (nat.b. 20).

⁷³ A lo largo de toda su obra manifiesta claramente que fueron los judíos los que crucificaron a Cristo (gr. et lib.arb. 20,41). La animadversión es grande con ellos: al santo le molestó mucho que los judíos se alegraran cuando vieron en la cruz a Cristo, pues cumplieron el deseo de matarle. Por otro lado vieron el fruto de su ensañamiento y al contemplarle pendiendo en la cruz movían la cabeza diciendo que si era el Hijo de Dios, que descendiera de la cruz (en.Ps. 40,13).

⁷⁴ En.Ps. 36,2,17.

⁷⁵ Un desorden que, por otro lado, no permanecerá para siempre, ya que “el reino de la muerte no dominará a aquel por quien murió el que es llamado libre entre los muertos” (ench. 120).

⁷⁶ Se trata de una víctima “deformada”, sin que nos olvidemos de que la deformidad del Redentor fue manantial de la hermosura interior de la belleza de la hija del Rey (b.vid. 19,24).

la Luz de la Verdad frente a cualquier otro interés más o menos explícito, autorizado ⁷⁷. Su testimonio nos invita a no claudicar ⁷⁸, pase lo que pase. Cristo, que llega a ser víctima de la oscuridad, es paradójicamente la víctima luminosa ⁷⁹: repara todos los pecados de todos los hombres inmersos en las tinieblas. El valor salvífico de su entrega es universal y eficaz para la salvación de la ciudad ⁸⁰ y de los que son rebeldes (Is 53,12). Él es víctima de propiciación por nuestros pecados ⁸¹, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero (1 Jn 2,2). Se trata del sacerdote inmolado, del único mediador salvífico cuyos efectos regeneradores y soteriológicos son universales.

Cristo, el hombre manso y el maestro de la mansedumbre, tuvo que pasar por un trance amargo y vergonzante. La mansedumbre le permitió aceptarlo todo por amor. La noche más oscura de Jesucristo le lleva a ser Víctima en la cruz ⁸² (el peor de los contextos sacrificiales, destinado a los peores malhechores ⁸³). Se trata del lugar extremo de la entrega (Ga 3,13) de Aquel al que se considera maldito, porque está colgado de un madero ⁸⁴. La cruz es el trono de la entrega que, providencialmente, se transforma en foco luminoso para toda la historia de la humanidad y de la Iglesia. Aquí

⁷⁷ Y es que –ciertamente– Jesucristo vivió, murió y resucitó para ejercer su soberano dominio sobre los vivos y los muertos (mor. 2,14,32). Toda su vida evidencia su autoridad.

⁷⁸ Cristo no sucumbió a la tentación. Él conocía la muerte de antemano y si hubiera estado aterrado podría haberse librado, porque estaba a tiempo. Él pudo escapar de aquellos perros que estaban preparados para morderle; pero el que predicó la Verdad entregó su sangre, como licor estimulante, para despertar a sus discípulos (cf. GIOVANNI PAPINI, *Jesús de Nazaret*, 261 y 262).

⁷⁹ Víctima que tuvo que pasar por un padecimiento conveniente (unit.eccle. 10,24). Ciertamente la pasión de la víctima fue conveniente porque fue una pasión salvífica (civ.Dei 16,2,2-3) sin perder su cariz de holocausto (civ.Dei 16,32,2).

⁸⁰ Agustín habla de la víctima santa en un momento estremecedor de sus *Confesiones*: al recordar a Santa Mónica rememora el deseo de su madre de que sus hijos y amigos se acuerden de ella ante el altar del Señor. Es en él donde se inmolaba la Víctima santa, con cuya sangre fue borrada la escritura que había contra los hombres. Se dio la victoria sobre el enemigo (cf. conf. 9,13,36).

⁸¹ Captado esto por Agustín al decir que sus llagas mucho tenían que ver con los sufrimientos provenientes de la debilidad de la carne que se dignó asumir por nosotros. Su crucifixión le vino por los que odian los mandamientos de la verdad (en.Ps. 7,9).

⁸² Un lugar en el que Cristo también es perfectamente cognoscible (ser. 87,14).

⁸³ De hecho estuvo crucificado en medio de dos ladrones, de los cuales uno le ultrajó y otro le creyó; uno fue condenado y el otro justificado; uno tuvo su castigo aquí y el otro en el siglo futuro (en.Ps. 33,2,24).

⁸⁴ Fue colgado y su muerte fue muerte verdadera; a Él le llegó la maldición de la muerte para que nos llegase a nosotros la bendición de la vida (en.Ps. 37,26).

el Sacerdote de la Nueva Alianza se humilló a sí mismo: obedeció hasta la muerte, muerte de Cruz (Flp 2,8). Es justamente así como Cristo vence los poderes oscuros⁸⁵ (dejándose crucificar en el lugar más oscuro); así ilumina misteriosamente la ciudad, invitándonos a vivir como Él vivió. Aquí está la esencia del misterio del cristianismo: en la aceptación libre del plan de Dios que nos lleva a ser víctimas⁸⁶. Así es como Cristo ilumina al mundo. A su vez Cristo fue una Víctima esperanzada en el cumplimiento de la voluntad del Padre, por amor a los hombres. La relación de Cristo con su Padre es un faro que ha de iluminar nuestros comportamientos con Dios⁸⁷.

Un buen estudio exegético y teológico capta que la inmolación de Cristo va más allá de cualquier tipo de narración veterotestamentaria. La inmolación de Cristo –el manso por antonomasia– integra y supera lo narrado en el AT⁸⁸. En el NT también se nos enseña a entrar en una experiencia de liberación, como la vivida por los abrumados bajo el dominio del Faraón⁸⁹. Lo que ocurre es que, en el antiguo pueblo, se celebraba la pascua todavía sin el resplandor de la luz, en el misterio de la sombra. Aún no había sido inmolado Cristo⁹⁰ y todavía no había sido crucificada la Luz: *“Fue ignorado de los judíos, fue crucificado por los judíos: con su sangre hizo un colirio para los ciegos. Cada vez más obstinados, más ciegos cada vez, los que se jactaban de ver la luz crucificaron la Luz. ¡Qué ceguera tan grande!; pero la Luz crucificada iluminó a los ciegos”*⁹¹. En verdad, Cristo es el manso cordero⁹², que es un ejemplo para todos nosotros cuando es llevado a la cruz. Aquí aparece para nosotros un difícil reto: aceptar mansamente el ser llevados a la cruz donde nos lleven las circunstancias personales.

⁸⁵ En Él Dios ha vencido y ha muerto en carne (sus manos y sus pies fueron clavados [ep. 199,12,50]). Rompió las cadenas a las que estaba ligado (ep. 164,2). Él fue crucificado en debilidad y vive por la virtud de Dios (ep. 205,2,8). Este Cristo crucificado es el que se predica por todo el orbe de la tierra (ep. 232,6): fue crucificado por los impíos y –al mismo tiempo– también murió por los impíos (pat. 20,17).

⁸⁶ Dice el santo que no sólo se nos ha dado creer en Cristo, sino también padecer por Él (pat. 26). Su entrega es modelo y ayuda eficaz –en gracia– para la nuestra.

⁸⁷ Cf. Trin. 8,7,11.

⁸⁸ En el Antiguo Testamento la figura de Isaac es figura de Cristo. Isaac fue hijo único amado y cargando sobre sí la leña –como Cristo llevó la cruz– representa la figura del Hijo de Dios. Y además, el mismo carnero prefiguró a Cristo, porque, estar enredado por los cuernos es, en cierto modo, ser crucificado (cf. en.Ps. 30,2,2,9 [v.13]). En la misma línea de los paralelismos sacrificiales en relación a Cristo aparecen las figuras de Aarón y Melquisedec (cf. en.Ps. 33,1,7).

⁸⁹ Doc.Chr. 2,41,62.

⁹⁰ Ser. 155,5.

⁹¹ Ser. 136,4.

⁹² Cf. en.ps. 67,8; ser. 9,6,7.

– **Obediencia** ⁹³. El manso es también el obediente en la teología agustiniana, y esto se condensa admirablemente contemplando la persona de Cristo. Cristo sabía que era Víctima por ser obediente y no oponía resistencia alguna a los sufrimientos que le venían encima. Todo era consecuencia de su obediencia ⁹⁴. Su obediencia al Padre le llevó a sufrir incomprendiones y dolores en el contexto de su Pasión. La obediencia de Jesucristo nos brinda a todos una gran enseñanza (una lección luminosa), pues es la madre de las demás virtudes ⁹⁵: caer en desobediencia es, por el contrario, un pecado grave ⁹⁶. Así como la obediencia de Cristo se dirigió a su Padre, la obediencia del hombre –de Adán– ha de dirigirse a los preceptos del Médico. El objetivo es que ahora se levante el que anteriormente no quiso creer al Médico para no enfermar: la *salus* vendrá de la obediencia ⁹⁷.

– **Sacrificio** ⁹⁸. El manso Cordero acaba siendo sacrificado. El obispo de Hipona reconoce la necesidad y la conveniencia del sacrificio para

⁹³ Puede resultar interesante ampliar el estudio de otros aspectos de la obediencia agustiniana consultando SCHRAMA, M., *Praeposito tamquam patri oboediatur: Augustinus über Frieden und Gehorsam*, Leuven University Press, Louvain 1990.

⁹⁴ El santo da mucha importancia a la virtud de la obediencia: manifiesta que es un bien mucho más ponderable incluso que la continencia y que la castidad (b.coniug. 23,29 y 30).

⁹⁵ B.coniug. 24,32. La obediencia –en Agustín– es ante todo obediencia a Dios. Después viene la obediencia mutua, es decir: al amor y el servicio recíproco según las enseñanzas del Nuevo Testamento. No hay que entender la obediencia como anulación de la libertad humana o como sujeción automática a otra persona; hay que entenderla como prontitud para contribuir al bien de los individuos del grupo. También como apertura para escuchar con prontitud. Ella lleva a cooperar, favoreciendo la amistad, respetando la personalidad ajena (...) En la obediencia al superior del monasterio se da por supuesto previamente que el superior es pastor, padre, maestro y guía del mismo monasterio (cf. VEGA, J., *La vocación agustiniana. El proyecto filosófico-monástico-sacerdotal de San Agustín*, Ed. Estudio Agustiniano, Valladolid 1987, pp. 578-579). La obediencia –en el santo– desemboca en el desarrollo de la vida común de aquellos que viven en unidad (*cor unum*) en una búsqueda constante de Dios. La atmósfera en la que debe vivirse la obediencia es la de la caridad (uniendo a todos en Cristo). Es una virtud que refleja la verdadera disposición interior del hombre humilde que escucha a Dios (*ob-audire*) y que camina hacia Él, con la ayuda de la *gratia Dei* (cf. LAZCANO, R., *Notas sobre la obediencia en San Agustín*: Revista Agustiniana 25 [1984] 219-236).

⁹⁶ Gn.litt. 8,13,29.

⁹⁷ En.Ps. 70,2,1. Tan grande es el bien de la obediencia que Dios no pudo declararlo mejor, sino al vedarnos lo que en sí no era malo. Por eso dijo: “No toques este árbol; no comas de él. Es bueno, pero la obediencia es mucho mejor” (en.Ps. 70,2,1).

⁹⁸ Una visión global del sacrificio en Agustín (subrayando la sacramentalidad del mismo) lo hallamos en KRUEGER, A. F., *Synthesis of Sacrifice According to Saint Augustine: A*

el género humano. En efecto, Agustín dice en *La ciudad de Dios* (a lo largo del libro X)⁹⁹, que el hombre necesita del sacrificio por tres motivos. Primero, para la remisión del pecado, que le aparta de Dios: afirma el Apóstol en Hb 5,1 que concierne al sacerdote ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Segundo, para que el hombre se conserve en estado de gracia, unido siempre a Dios, en quien consiste su paz y su salvación. De ahí que, en la ley antigua, se sacrificase una víctima pacífica por la salvación de los oferentes, como se lee en Lv 3. Tercero, para que el alma del hombre se una perfectamente a Dios, lo que acontecerá sobre todo en la gloria. Por eso, en la ley antigua, se ofrecía el holocausto, a modo de combustión total, como se dice en Lv 1. Gracias al sacrificio de Cristo, el hombre es redimido del pecado, se conserva en estado de gracia y el alma se une a Dios¹⁰⁰. Nosotros estamos urgidos a unirnos en su sacrificio expiatorio, por el bien de la ciudad; hemos de hacerlo como ciudadanos entregados, víctimas que se ofrecen agradablemente a Dios. Éste es el verdadero sacrificio¹⁰¹. El punto más notable del sacrificio cristológico se ve en un texto de *La ciudad de Dios*: “*Por eso, el verdadero Mediador, que al tomar la forma de esclavo fue hecho Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, bajo la forma de Dios, acepta el sacrificio con el Padre, con el cual es un solo Dios; pero bajo la forma de esclavo prefirió ser sacrificio a aceptarlo, a fin de que nadie tomara*

Study of the Sacramentality of Sacrifice, Ed. Ex Fontibus Company 2017. Y sobre este mismo tema del sacrificio en la teología agustiniana se ofrece una selecta bibliografía en LANG, U. M., *Augustine's Conception of Sacrifice in City of God, Book X, and the Eucharistic Sacrifice* (ver la nota a pie de página nº 1). Disponible on line: http://www.academia.edu/14381639/Augustine_s_Conception_of_Sacrifice_in_City_of_God_Book_X_and_the_Eucharistic_Sacrifice / Consulta: 24.09.2018. Sobre este tema del sacrificio, comprendido en clave de autodonación, resulta interesante estudiar JOYCE, J., Love and self-gift: sacrifice in St Augustine's 'City of God': Antiphon 11/2 (2007) 78-85.

⁹⁹ En este libro 10º asegura que el verdadero sacrificio se debe solamente a Dios. Se lamenta el santo de que muchos honores se han quitado al culto divino para dárselos a los hombres, debido a una excesiva humildad o a una pestilente adulación (civ.Dei 10,4). Cuando el texto dice “quiero misericordia, no sacrificios” esto debe entenderse como la preferencia de un sacrificio sobre otro. Lo que todos llaman sacrificio es el signo del verdadero sacrificio (civ.Dei 10,5).

¹⁰⁰ En el caso del sacrificio crístico el proceso sacrificial es cruento (Hb 9,12): trae la redención eterna y prepara el camino para la comunión existencial con Dios.

¹⁰¹ El verdadero sacrificio es toda obra hecha para unirnos a Dios en santa alianza, es decir, referido a la meta de aquel bien que puede hacernos de verdad felices. Y así, aun la misericordia con que se socorre al hombre, si no se hace por Dios, no es sacrificio. Aunque sea hecho y ofrecido por el hombre, el sacrificio es una obra divina. Tal es el significado que aun los latinos antiguos dieron a esta palabra. De ahí viene que el mismo hombre, consagrado en nombre de Dios y ofrecido a Dios, en cuanto muere para el mundo a fin de vivir para Dios, es sacrificio (civ.Dei 10,6).

ocasión de esto para sacrificar a cualquier criatura. Por eso Él es el sacerdote, Él es quien ofrece y es también la oblación"¹⁰².

4. LAS VIRTUDES ASOCIADAS A LA MANSEDUMBRE AGUSTINIANA ¹⁰³

A. La caridad ¹⁰⁴

Los mansos son los que manifiestan una caridad sincera a Dios y al prójimo, en circunstancias que son humanamente adversas, difíciles, y que les llevan a padecer obstáculos ¹⁰⁵. La paciencia de los que sufren piadosamente es un don de Dios, como lo es la caridad de los que aman santamente ¹⁰⁶. La caridad es una virtud grande. Nos capacita para asimilar las lecciones de la cruz del Señor: *"Lo que nos manifiesta que, estando arraigados y cimentados en la caridad, podemos comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, esto es, la Cruz del Señor, donde se entiende por anchura el madero transversal en que se hallan extendidas las manos; por longitud lo que hay desde la tierra hasta este madero, y en ella se fija todo el cuerpo de manos abajo; por altura, desde la anchura hasta lo más alto hacia arriba donde se apoya la cabeza; por profundidad, lo que metido en la tierra se oculta a nuestra vista. En este signo de la Cruz se encierra toda nuestra vida cristiana, como es el obrar bien en Jesucristo, el estar continuamente unido a Él, el esperar los bienes del cielo, el no divulgar los divinos misterios"*¹⁰⁷.

¹⁰² Civ.Dei 10,20. Los sacrificios de los santos eran figura de este "único" y "verdadero" sacrificio; con él desaparecieron los falsos sacrificios (civ.Dei 10,20).

¹⁰³ Es justo y necesario indicar que, a la hora de redactar este punto, nos hemos inspirado ampliamente en las propuestas de SAN AGUSTÍN, *Nos hiciste Señor para ti*, citado ya en este artículo.

¹⁰⁴ Respecto a la caridad en el pensamiento agustiniano puede consultarse provechosamente ALONSO TERME, R. M.^a, *The order of love in Saint Augustine of Hippo and Saint Thomas Aquinas*: Landas 29/1 (2015) 51-85; MURPHY, CH. M., *Charity, not justice, as constitutive of the Church mission*: Theological Studies 68/2 (2007) 274-286, tratando sobre la influencia de Agustín en Benedicto XVI en este tema de la caridad; BAER, H. D., *The Fruit of Charity: Using the Neighbor in De doctrina Christiana*: Journal of Religious Ethics 24/1 (1996) 47-64; BERGSTROM, J. W., *Charity as equity in the hermeneutics of Augustine's De doctrina Christiana*: Studia patristica (2012) 199-210; DUNN, G. D., *Augustine's homily on almsgiving*: Journal of Early Christian History 3/1 (2013) 3-16; LAGOUANÈRE, J., *La notion de prochain chez Augustin au début de son épiscopat: le rôle matriciel du sermon De dilectione Dei et proximi (Sermon Dolbeau 17)*: Sacris Erudiri 54 (2015) 79-110.

¹⁰⁵ Cf. ser. 69,4; ser. 157,2; ser.Dom.mon. 1,18,55.

¹⁰⁶ Pat. 26,22.

¹⁰⁷ Doc. Chr. 2,41,62.

El espíritu de caridad es muy estimado por el Hiponate, pues este espíritu es indispensable para mostrarse respetuoso, comprensivo, indulgente, atento y amable con los demás... El espíritu de caridad ha de nacer de un corazón imbuido por la fe, y lleno de amor a Dios y amor al prójimo por Dios. Y esto es lo que debemos pensar, retener y practicar siempre ¹⁰⁸. La caridad ayuda al manso de corazón a la hora de servir a los demás. Así conseguirá el bien y construirá la paz. Superará los inconvenientes que surjan de parte del prójimo, y llegará a amarle incondicionalmente. Honrará la presencia de Dios en el otro ¹⁰⁹, y promoverá un ambiente de convivencia en paz y en gratificante amistad ¹¹⁰. El manso es el que vence el mal con el bien; no hace resistencia a la ofensa ¹¹¹. Es verdad que el manso no renuncia nunca a servir a la verdad, desde el crecimiento en la caridad (Ef 4,15); lo que hace el manso es posicionarse siempre desde una actitud proactiva, de ayuda, con deseo de evitar males y errores, en orden a servir la verdad (no a deformarla). El manso, por la caridad, busca ante todo el bien. Evita indiferencias ante necesidades ajenas, manteniendo siempre un corazón lleno de bondad ¹¹². Indica San Agustín que para el que ama todo es suave; para el que no ama, todo resulta pesado ¹¹³.

B. La humildad ¹¹⁴

El manso es el que llega a la mansedumbre desde su personal humildad o desde un estado sociológico vinculado a la humillación, a la sumisión y al sufrimiento (Mt 5,5). Es el que camina en silencio, venciendo

¹⁰⁸ Cf. Io.ev.tr. 17,8.

¹⁰⁹ Cf. reg. 2.

¹¹⁰ Cf. ser. 357,1.

¹¹¹ Cf. ser.Dom.mon. 1,2,4.

¹¹² Cf. DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Mansedumbre cristiana*, pp. 186 y 187.

¹¹³ Ser. 30,10.

¹¹⁴ En orden a ampliar lo que exponemos en este artículo sobre la humildad puede consultarse DUNNINGTON, K., "Humility: an Augustinian perspective", *Pro Ecclesia* 25/1 (2016) 18-43; IDEM., "Intellectual Humility and the Ends of the Virtues", *Conflicting Aretai: Desiderata: Political Theology* 18/2 (2017) 95-114; KLERK, J.-L. de, "From Pride to Humility: an Evaluation of Augustine's Break with Neo-Platonism in light of his conception of the Ideal Man before and after his Convention", *Midwestern Journal of Theology* 16/1 (2017) 1-19; HERDT, J. A., "Smoke, wind, and that journey upwards: Augustinian reflections on the role of humility in virtue formation", *International Journal of Christianity & Education* 19/1 (2015) 14-26; MCINERNEY, J. J., *The Greatness of Humility: St. Augustine on Moral Excellence*, Pickwick Publications, Eugene, OR / USA 2016; DUNKLE, B., "Humility, prophecy, and Augustine's harmony of the gospels", *Augustinian Studies* 44/2 (2013) 207-225; PARDUE, S. T., "Kenosis

toda soberbia, desde el reconocimiento de su pobreza. Agustín asegura convencido que tenemos que descender hasta su humildad con una fe piadosa ¹¹⁵. Cristo nos enseña a alcanzar este objetivo, Él que es “manso y humilde de corazón” (Mt 11,29); a Él la obediencia le llevó a la cruz (Flp 2,8), dándonos una lección sobre la humildad, que ha de ser constante en nosotros ¹¹⁶. Es verdad que para ser humildes necesitamos vivir un progreso de crecimiento; hay que ir poco a poco y empezar por dar el primer paso, convencidos de que paulatinamente llegaremos a la altura ¹¹⁷.

Lo que es imprescindible e inteligente es fijarse en la imagen de una torre alta, muy alta. Si la torre quiere mantenerse firme a lo largo de mucho tiempo, ha de tener cimientos bien profundos. Agustín (fijándose en el ejemplo de las construcciones elevadas) incorpora aquí la conveniencia de una vida en cuya base están la humildad y los buenos cimientos. Todo edificio antes de alcanzar su altura debe descender. Agustín comenta: “¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ¿Piensas construir una gran fábrica en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanto mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando la fábrica se construye, sube a lo alto; pero quien cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego la fábrica se humilla antes de elevarse, y después de la humillación se remonta hasta el remate” ¹¹⁸.

El humilde obtiene una serie de beneficios de Dios. Dios le fortalece, ya que se muestra dócil. Dios le concede poder manifestarse con amabilidad y dulzura, superando los inconvenientes. El humilde posee una aparente debilidad; alcanzará –en palabras de San Agustín– la mansedumbre evangélica en grado eminente ¹¹⁹. Ser humilde no nos exige que seamos menos de lo que somos, sino que lo que nos pide es que conozcamos lo que somos ¹²⁰. No pasa nada si reconocemos nuestros límites. Esto nos ayuda a crecer, pues la confesión de la propia ignorancia es el primer paso para la sabiduría ¹²¹. No pasa nada si vamos lentos en el camino de la vida.

and its discontents: towards an Augustinian account of divine humility”, *Scottish Journal of Theology* 65/3 (2012) 271-288.

¹¹⁵ Qu.Ev. 2,4.

¹¹⁶ Ep. 118,3,22.

¹¹⁷ Cf. ser. 96,3.

¹¹⁸ Ser. 69,2.

¹¹⁹ En.ps. 92,6; 130,14.

¹²⁰ Cf. ser. 137,3.

¹²¹ Cf. ser. 301,3.

San Agustín nos indica lúcidamente que “*mejor va el cojo por el camino que el veloz fuera de él*” ¹²².

Es preciso reconocer, además, la belleza de la humildad: y es que es más hermoso el rubor de la humildad que la arrogancia de la soberbia ¹²³. Por lo demás, es aconsejable que pensemos en lo que nos falta y en lo que todavía no hemos alcanzado; de este modo encontraremos motivo para gemir, curaremos nuestras dolencias, seremos más humildes, y caminaremos con cautela, lo cual nos evitará lamentar caídas y engreimientos ¹²⁴.

La humildad es un cimiento que cavamos hondo dentro de nosotros mismos, para llegar a lo más alto de la caridad ¹²⁵. Son los humildes de verdad los que están capacitados para caminar por el camino de amor ¹²⁶. No estamos ante una propuesta sólo teórica, sino ante una virtud que tiene innumerables repercusiones prácticas en la vida de todos los días, pues nos lleva a callar amando, a soportar ofreciendo, a no imponernos con orgullo escuchando, a servir siempre, a deshacer brusquedades, y a tener un porte dócil y valiente en medio de las complicaciones de la vida. La humildad así vivida nos pide reconocer la propia necesidad de Dios, y nos lleva a no creernos superiores a los demás ¹²⁷. Junto a lo dicho, la humildad evita nuestro engreimiento. Lo que tenemos de bueno se lo debemos a la misericordia y a la gracia de Dios ¹²⁸.

La humildad, por lo demás, es una virtud que ha de acompañarnos a lo largo de todo el camino de la vida; hay distintos tramos en el camino, y ni hemos de detenernos por la pereza, ni hemos de caer por la soberbia ¹²⁹. Y una vez más hemos de reconocer que nuestro modelo y ejemplo de humildad es nuestro Señor Jesucristo. Si nos paramos a contemplar su bautismo, ahí encontramos una lección insuperable de humildad y mansedumbre. Éstas son las lecciones que nos brinda el que quiso ser bautizado sin tener pecado, y el que se dejó crucificar sin tener culpa alguna ¹³⁰. Es mejor que sigamos los pasos y los ejemplos de Cristo humilde tras ser rescatados, que perdernos siguiendo la soberbia del gran mentiroso y engañador ¹³¹.

¹²² Ser. 169,18.

¹²³ Cf. en.ps. 4,103,16.

¹²⁴ Cf. ser. 354,5.

¹²⁵ Ser. 69,4.

¹²⁶ En.ps. 141,7.

¹²⁷ Cf. DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Mansedumbre cristiana*, p. 185.

¹²⁸ Cf. en.ps. 102,24.

¹²⁹ Cf. en.ps. 120,14.

¹³⁰ Cf. en.ps. 2,31,18.

¹³¹ Cf. Io.ev.tr. 55,7.

Vivir bien la virtud de la humildad va moldeando nuestro corazón para que seamos verdaderamente mansos. Hemos de ir acostumbrándonos a ser humildes para entrar por la puerta; acostumbrarnos a caminar por lo llano para evitar tropiezos en la vida. Y si hemos sido precipitados por la humana soberbia, estamos llamados a reconocer que sólo la divina humildad tiene capacidad suficiente para levantarnos. En el Señor Jesús, el Médico humilde (como Agustín lo llama en infinitud de ocasiones) hallamos la gran medicina que nos cura la soberbia y nos ayuda a vivir en humildad. Y es que Él siendo Dios se hace hombre, deja a un lado su divinidad, se despoja, oculta lo suyo propio y muestra sólo lo que ha tomado ¹³². El libro del Eclo, en su capítulo 3, versículo 20, nos invita a vivir desde esta opción vital, recordándonos que cuanto mayores somos, hemos de humillarnos más en todas las cosas, en orden a hallar gracia delante de Dios ¹³³.

C. El dominio de sí

Su objetivo es moderar la ira, expresando el dominio personal de las pasiones. Promueve la dulzura en el trato. Está asociada a un amor intenso, a una fortaleza arriesgada, y a un dominio de sí total. El manso se muestra con los demás como alguien acogedor, dulce y tierno. Esto a veces le supone reciedumbre de carácter y dominio de los propios impulsos; también una gran generosidad para –si llegara el caso– devolver bien por mal ¹³⁴. Vivirá sus relaciones con el prójimo desde el autocontrol, el dominio de sí, la rectificación del propio carácter, el equilibrio sobre sus impulsos y tendencias, el sentido de la auténtica libertad y la paz de conciencia ¹³⁵. Esto es lo que agrada a Dios y lo que facilita la convivencia entre los hombres. Además, cuando alguien va creciendo en dominio de sí, automáticamente va progresando también en la vivencia de la virtud de la mansedumbre.

¹³² Cf. Io.ev.tr. 45,5-6; ser. 188,3; ser. 77,11.

¹³³ Otras resonancias de la humildad en el *corpus* agustiniano podemos verlas tratadas en SIERRA, S., *Conocerse: la humildad en San Agustín*, Ed. FAE, Madrid 2003.

¹³⁴ Cf. ser.Dom.mon. 1,2,4. Anotemos también que el dominio de sí del manso le lleva a mantenerse en calma, sereno, equilibrado, flexible, con capacidad de adaptación, comprensivo, firme, inalterable, constante... Quien posee dominio de sí está más allá de la ira, de la impaciencia, del desprecio, de la rebelión... Es capaz de soportar las adversidades y las pruebas. Vive una resignación nutrida de humildad y de sumisión filial a la voluntad de Dios (cf. ALONSO, S. M^a, *Las Bienaventuranzas y la Vida Consagrada*, Ed. Publicaciones Claretianas, Madrid 1978, p. 137).

¹³⁵ Cf. DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Mansedumbre cristiana*, p. 181.

El dominio de sí lleva a hacer felices a los demás, incluso cuando éstos se muestran insoportables. Aquí aparece el control de los sentimientos desordenados, y el adaptarse a las circunstancias, mediante el olvido de uno mismo. Se anhela sólo hacer el bien a los demás. En medio de las dificultades, el manso de corazón –gracias al dominio de sí– permanece sereno, al tiempo que es intransigente ante la tentación ¹³⁶. El que vive el dominio de sí, vive triunfando sobre todas las violencias; ésta es el “arma decisiva” de los mansos de corazón ¹³⁷.

El manso –para Agustín– es el que no se deja llevar por el primer impulso, ante los distintos acontecimientos de la vida. Antes bien, lo que ha de hacer es elevar la mirada a lo alto y saberse en las manos de Dios; y es que los creyentes estamos llamados a someternos a la sabiduría divina, y a creer en la rectitud de la obra de Dios, aunque desconozcamos el motivo ¹³⁸. El hombre es hombre, y ha de tener siempre conciencia lúcida de su limitada finitud. Ésta es la razón por la cual no ha de meterse a inquirir lo que es sobre su capacidad, ni tampoco a escudriñar las cosas que exceden sus fuerzas. Es más razonable que piense en lo que le ha mandado Dios ¹³⁹.

Tener conciencia de la propia finitud nos convence de que nuestros juicios son siempre penúltimos ante Dios. Nosotros no tenemos ni la última palabra ni la palabra mejor. Así como no nos atreveríamos a censurar al obrero en su taller, tampoco deberíamos reprender a Dios en el orden del mundo ¹⁴⁰. Él sabe más y mejor que nosotros por qué hace las cosas como las hace. Esto exige que contengamos nuestras iras y que tengamos dominio de sí ante lo que nos sucede en la vida, lo cual favorece nuestro crecimiento en mansedumbre. Es más: hemos de estar contentos cuando algunas cosas en la vida no van como a nosotros nos gustaría, ya que se nos permite alabar a Dios en nuestros sufrimientos, mientras Él nos corrige y nos prueba ¹⁴¹. Agustín reconoce que hemos de alabar a Dios tanto cuando la fortuna nos sonríe, como cuando vienen las adversidades. Él es el que da y Él es el que quita (como aprendemos en el libro de Job), y en todo tiempo hemos de bendecirlo ¹⁴².

¹³⁶ Cf. conf. 6,8,13.

¹³⁷ Cf. DOMÍNGUEZ SANABRIA, J., *Virtudes del cristiano comprometido*, Ed. Monte Casino, Zamora 1985, p. 261.

¹³⁸ Cf. en.ps. 124,2.

¹³⁹ Cf. en.ps. 61,21.

¹⁴⁰ Cf. en.ps. 148,12.

¹⁴¹ Cf. en.ps. 35,16.

¹⁴² Cf. en.ps. 138,16; en.ps. 144,4.

El buen dominio de sí exige claramente la paciencia, la cual es nuestra en cuanto la tenemos nosotros, aunque siempre procede de Dios ¹⁴³. El hiponense nos advierte que así como la caridad en aquellos que santamente aman viene de Dios, así también la paciencia de aquellos que paciente-mente sufren viene de Dios ¹⁴⁴. Mirar a Jesús en la cruz nos capacita no sólo para aprender a ser pacientes en medio de los insultos, sino también a advertir que nuestra fortaleza para sortear situaciones difíciles viene de Él ¹⁴⁵. Agustín admite además que Cristo, cuando difiere el uso de la potencia en situaciones que van contra Él, lo que está procurando es enseñarnos a nosotros la lección de la paciencia ¹⁴⁶. Y si deseamos perseverar pacientemente, Agustín nos convence de una de sus máximas teológicas principales (si es que no es la premisa mayor): no hay nada, por áspero y difícil que sea, que no se haga fácil con la ayuda de la gracia de Dios ¹⁴⁷. Dios lo puede todo sin nosotros, mientras que nosotros no podemos nada sin Él ¹⁴⁸.

D. La bondad

Es evidente que el manso de corazón es una persona buena. La persona buena está cerca de Dios y participa del ser de Dios, que es el *summum bonum*. Una persona es “más buena” (mejor) cuanto más se aproxima a este bien supremo que es Dios. El hombre bueno es el que participa del ser de Dios. Agustín, deudor de Platón, vincula la idea de bondad a las ideas de belleza, simetría, número y verdad. Dios es la “bondad de todo bien”, y es el que nos hace buenos. Dios es el Bien (con mayúsculas) cuya presencia hace buenos a los bienes mudables ¹⁴⁹. Esta bondad nos capacita para discernir sobre otros bienes, aprobados o preferidos por nosotros ¹⁵⁰. Nos habilita para emitir juicios morales rectos. Si el mal es privación de bien, entonces el manso (que es el bueno) está alejado de esa privación. El manso es el bueno, el que está tan lleno de bien que no deja espacio para el mal. Es verdad que son valiosas las virtudes del hombre bueno, que en la visión agustiniana siempre está cerca de la verdad y de la sabiduría divinas. Y es también verdad que lo más decisivo no son dichas virtudes,

¹⁴³ Cf. ser. 335,6.

¹⁴⁴ Cf. pat. *passim* (diversas localizaciones).

¹⁴⁵ Cf. en.ps. 70,11.

¹⁴⁶ Cf. ser. 37,10.

¹⁴⁷ Lib.arb. 1,6.

¹⁴⁸ Cf. en.ps. 30,2,4.

¹⁴⁹ Cf. Trin. 8,3,5.

¹⁵⁰ Cf. Trin. 8,3,4.

sino la transformación operada en el hombre por la gracia divina, cuando la voluntad humana se vuelve amorosamente hacia el Bien.

Cerca de Dios tenemos acceso a las improntas cognitivas de la bondad ¹⁵¹. Dios es el Bien supremo. Todos los bienes nos vienen del sumo bien y todos los bienes nos llegan de la fuente de la bondad, es decir, de Dios ¹⁵². Agustín hace notar una diferencia entre la bondad del Señor y la bondad de los hombres. Cristo es el pastor bueno, que además se identifica con el buen cordero. Esto es cierto, y también es cierto que es bueno quien ama al “Gran bueno”. Esto le ocurrió a Pedro, que siendo hombre bueno sacaba de su buen tesoro cosas buenas. Era pastor, y era buen pastor, aunque su bondad no era nada comparada con la bondad del Pastor de los pastores. Y no sólo Pedro fue buen pastor, sino que los demás pastores fueron buenos igualmente ¹⁵³. Dicho de otro modo: una cosa es la bondad suprema, y otra cosa son los seres que participan a su modo y limitadamente de esta gran bondad divina.

Agustín reconoce sin grandes dificultades que un corazón manso es un corazón bueno. Dios es creador de obras buenas ¹⁵⁴; es bueno y es la fuente de toda bondad. No obstante, Agustín advierte que no hemos de abusar de la bondad de Dios. Así como estamos atentos a su bondad, hemos de estar atentos a su justicia, ya que al igual que Dios es bueno perdonando, también es justo condenando ¹⁵⁵. En efecto, quienes desprecien ahora la bondad de Dios, experimentarán al final su severidad ¹⁵⁶. Uno de los modos cómo Dios nos manifiesta su bondad es a través de nuestra fe; aquí hemos de reconocer la grandeza de la bondad de Dios, que nos concede creer lo que no vimos, al tiempo que descubrimos que los discípulos fueron incrédulos ante algunos anuncios (por ejemplo, los pronunciados por las mujeres, a las que creían delirantes) ¹⁵⁷. Otra forma en la que se nos manifiesta la bondad de Dios es cuando nos brinda bienes decisivos como la salud (algo dulce y que nunca había). Es un bien excelente, concedido por el Dios bueno a los buenos y a los malos (a los que le alaban y a los que blasfeman). Aquí vemos cómo la bondad de Dios no se queda en las

¹⁵¹ Cf. BUSSANICH, J., «Voz “bondad”», en FITZGERALD, A. D., *Diccionario de San Agustín. San Agustín a través del tiempo*, Ed. Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 189 a 191.

¹⁵² Cf. ser. 335E,6.

¹⁵³ Cf. ser. 138,4.

¹⁵⁴ Cf. ser. 110,1.

¹⁵⁵ Cf. ser. 16A,6.

¹⁵⁶ Ser. 149,18.

¹⁵⁷ Cf. ser. 232,2.

alturas, sino que busca lo más bajo, llegando tanto a los ángeles como a los diminutos animales ¹⁵⁸.

El Espíritu Santo es la bondad, emanada del Padre bueno y del Hijo bueno. A ellos hemos de pedir ser buenos nosotros también ¹⁵⁹. Indica el santo: “*Hay, pues, un bien que hace al hombre bueno y hay un bien con el que haces el bien. El bien que hace bueno al hombre es Dios. Nadie hace al hombre bueno, sino aquel que es siempre bueno. Invoca, por tanto, a Dios para ser bueno*” ¹⁶⁰. Agustín indica, también, que la bondad de Dios es admirable porque nos otorga un don “igual a Él mismo”: su don es el Espíritu Santo ¹⁶¹.

La bondad es tan importante, que Agustín apunta que es la primera virtud que un padre enseña a un hijo, junto a la virtud del respeto. Respeto y bondad van al unísono. Si el hijo es educado en la bondad, entonces se avergonzará de ofender al padre, y no le temerá como a un juez severo. Estamos ante una bondad que no se pierde en blandenguerías, pues dice el santo que no se busca la inocencia haciendo desaparecer la disciplina ¹⁶².

Dios, que es bueno, no deja de invitarnos al bien. Él nos enseña el bien mediante la Sagrada Escritura. Estamos llamados a hacerle caso para vivir la mansedumbre en nuestras vidas, y no hacer caso al diablo que nos inclina hacia el mal. Es decisivo obedecer a Dios, que no deja de exhortarnos al bien. Además, cuando llegamos a hacer el bien hemos de estar agradecidos a Dios, pues es por la gracia de Dios por la que podemos hacer el bien ¹⁶³. Si somos buenos entonces haremos buenos los tiempos. Si vivimos bien, serán buenos los tiempos, ya que los tiempos somos nosotros, y cuales somos nosotros, así son los tiempos. Y algo de lo que hemos de cuidarnos es de no amar el mundo malo como si fuera bueno ¹⁶⁴.

Agustín nos exhorta a no envidiar en la vida a los malvados, pues –verdadamente– ahora no les va bien a los malos. Les va mejor a los buenos que a los malos, aunque todavía no haya llegado la plena felicidad de los buenos ni la última pena de los malos. Hablando de buenos y malos, el santo afirma que no es lo mismo sufrir el mal que ser malo. No es lo mis-

¹⁵⁸ Cf. ser. 255,3.

¹⁵⁹ Ser. 71,18.

¹⁶⁰ Ser. 61,3.

¹⁶¹ Cf. ser. 128,4.

¹⁶² Cf. ser. 13,9.

¹⁶³ Cf. ser. 16B,1.

¹⁶⁴ Cf. ser. 80,8.

mo padecer el mal que ser malo. No puede darse que le vaya mal a quien padece el mal, y que le vaya bien a aquel que es malo. No vayamos a pensar que el malo no sufre mal alguno: tiene que sufrirse a sí mismo, que es malo. Además, el malo es malo en su corazón y tiene el alma mala ¹⁶⁵. El obispo de Hipona nos recomienda que queramos ser loados por relación al Señor. Es cierto, por lo demás, que hay hombres que prefieren vivir desde otros parámetros; éstos son los feroces, los ásperos, los altaneros, y los soberbios. Esto a nosotros no nos conviene, pues el Señor prefiere tener “jumentos mansos”. Entonces seremos “mansuetos”. Cristo se sentará sobre nosotros, y Él en persona nos regirá. No hemos de temer tropezar, pensando ir al precipicio. Aunque la debilidad es nuestra, hay alguien que vela por nosotros ¹⁶⁶.

El Dios que nos ha creado es bueno, y aunque sean buenas y hermosas las cosas creadas por Él (el oro, la plata, el brillo de las joyas o el atractivo de la luz) mucho mejor y mucho más hermoso es quien las hizo ¹⁶⁷. Estamos llamados a participar de la bondad del Dios bueno, que nos hace buenos y mansos de corazón. Y una cosa es evidente: si pensamos en la bondad sin más, en la bondad perfecta, nadie es bueno sino Dios. Agustín admite que, desde cierto punto de vista, todos somos malos; y advierte también que, desde otro punto de vista, todos somos buenos ¹⁶⁸. El Dios bueno, por su bondad, nos otorga la vida eterna, aunque Él no nos infunde sus bienes sin quitarnos nuestros males. En verdad, el primer beneficio de los creyentes, debido a la benignidad de Dios, es la remisión de los pecados, obrada mediante el Espíritu Santo ¹⁶⁹.

Podemos ser buenos de distintas maneras. Agustín ejemplifica esto aludiendo a María y a Marta. Las dos hacen cosas buenas. María, sentada a los pies del Señor, le escucha, mientras que el Señor se convierte en testigo de la bondad del escuchar, de la única cosa necesaria y de la mejor parte. Por otro lado, Agustín subraya también la bondad de servir a los santos y el bien de la hospitalidad, desarrollado por Marta ¹⁷⁰.

Junto a lo anterior, el obispo hiponense nos reclama para que seamos buenos en medio de los bienes que Dios nos ha regalado. Es cierto que son buenas las riquezas, el oro, la plata, las familias, las propiedades...

¹⁶⁵ Cf. ser. 48,8.

¹⁶⁶ Cf. en.ps. 33,2,5. Citado en CAMPELO, M. M^a, “San Agustín: las bienaventuranzas. Prolegómenos y doctrina”, *Revista Augustinus* 49 (2004) 229.

¹⁶⁷ Cf. ser. 65A,4. También este modo de argumentar se plasma en ser. 104,3.

¹⁶⁸ Cf. ser. 90,2.

¹⁶⁹ Cf. ser. 71,19.

¹⁷⁰ Cf. ser. 179,3.

Estas cosas son buenas siempre y cuando con ellas hagamos el bien, y ellas no nos hagan mal a nosotros. Hemos de poseer los bienes que nos hacen buenos a nosotros, como por ejemplo la práctica de la justicia. Si somos buenos permaneceremos entre los bienes perecederos. No hemos de ser malos en medio de los bienes, en orden a no perecer con ellos ¹⁷¹. ¿Y cómo ser bueno? La bondad no es sino darse totalmente a la fe y a la promesa de Dios. Y cuando uno vive esto y es bueno, entonces tendrá salud, impunidad, vida y vida sin fin ¹⁷². Hemos de amar lo que es bueno y lo que es hermoso, aunque sean bienes que sólo se ven con los ojos del corazón; nos equivocáramos si por amar lo que Dios creó descuidásemos nuestro amor a Él, creador de todo. Y es que hay que anteponer los bienes celestes a los bienes terrenos, viviendo siempre con un amor ordenado ¹⁷³.

E. La paz ¹⁷⁴

Los hombres mansos son hombres pacíficos, alejados de la violencia y de sus diversas modulaciones y expresiones concretas. Un corazón lleno de paz es un corazón manso, y –lógicamente– un corazón bienaventurado. Nos recuerda Agustín que la perfección está en la paz, donde no hay oposición alguna, y por eso los pacíficos son llamados hijos de Dios, porque nada en ellos hace resistencia a Dios. Los hijos se parecen al Padre y son semejantes a Él. Son pacíficos en sí mismos y ordenan todos los movimientos de su alma, sujetándolos a la razón, a la mente y al espíritu.

¹⁷¹ Cf. ser. 48,8.

¹⁷² Cf. ser. 127,3.

¹⁷³ Cf. ser. 335C,13.

¹⁷⁴ En San Agustín (así como en otros autores de la teología patristica) el concepto “paz” no es unidireccional, y no se restringe al contexto de la espiritualidad. Alberga también connotaciones políticas y otros significados sociológicos y comunitarios. En orden a hacerse una idea más completa de la polisemia de la paz agustiniana sugerimos BEELEY, CH. A., “Christ and human flourishing in patristic theology”, *Pro Ecclesia* 25/2 (2016) 126-153; ECKENRODE, T. R., “The notion of journey in Augustine of Hippo’s quest for peace”, *Saint Luke’s Journal of Theology* 27/4 (1984) 245-264; *Ibid.*, “The attitude of reconciliation in Augustine of Hippo’s view of peace”, *Saint Luke’s Journal of Theology* 24/4 (1981) 249-268; TeSELLE, E., *Justice, love, peace*, Eerdmans, Grand Rapids 1993; RENNA, T. J., *The idea of peace in the Augustinian tradition*: Augustinian Studies 10 (1979) 105-111; AYLWARD MOHLER, J., *War and peace and the city of God*: The Priest 48 (1992) 19ss.; RACZKIEWICZ, M., *La paz, una prioridad para los Padres de la Iglesia*: Moralia 26/4 (2003) 397-416; RUGGIERO, F., *I volti della pace. Testi dall’Epistolario di Agostino d’Ippona*, Città Nuova, Roma 2000.

Tienen dominados los apetitos carnales, se hacen reino de Dios y viven racionalmente.

El hombre pacífico es el hombre que vive desde un orden perfecto; aquello que en el hombre hay de más excelente y principal manda, sin encontrar oposición alguna, a aquella parte que es común a los animales. Lo que en el hombre sobresale (a saber, la mente y la razón) se somete a otro ser más elevado, que es la misma Verdad y el unigénito Hijo de Dios. El que tiene buena voluntad halla la bienaventuranza de la paz cuando domina lo inferior, y cuando se somete a lo superior. Éste es el *modus vivendi* del consumado y perfecto sabio. Situarnos aquí es ubicarnos en un reino tranquilísimo y ordenadísimo, del cual ha sido arrojado el príncipe de este mundo, dominador de almas perversas y rebeldes. Y una vez establecida y afianzada esta paz interior, esta gran solidez de esta mansión interior, todo lo más que puede hacer el enemigo es un obrar ineficaz o impotente a la hora de pretender derribar alguna parte del edificio ¹⁷⁵.

Es deseable que muchos posean la paz. Si amamos, si tenemos, si poseemos la paz, llamemos a cuantos nos plazca para disfrutar con nosotros de nuestra posesión. Y tendremos más cuanto mayor sea el número de los poseedores. Es cierto que una casa no puede contener muchos inquilinos a la vez; pero la paz es una posesión que va creciendo, dilatándose y multiplicándose en sí, a la vez que van multiplicándose los poseedores de la misma ¹⁷⁶.

El hombre manso ama la paz, y el hombre que ama la paz es el que ama a su hermano. Éste lo soporta todo con tal de conservar la concordia ¹⁷⁷. Practica la justicia, huye del mal y hace el bien. Cuando ha empezado a huir del mal y a practicar el bien, entonces este hombre busca la paz y corre en su seguimiento ¹⁷⁸. Hemos de rogar al Señor para pedirle el don de la paz, con el fin de atraer a ella a todos los demás. Nosotros hemos de poseerla primero. El fuego ha de arder primero en nosotros, para que después nosotros podamos encender a otros ¹⁷⁹. Les transmitiremos la llama encendida ¹⁸⁰, y la paz se irradiará por doquier.

¹⁷⁵ Cf. Lo explica muy bien Agustín en ser.Dom.mon. 1,2,9.

¹⁷⁶ Cf. ser. 357,1. Citado en SAN AGUSTÍN, *Nos hiciste Señor para ti. Kempis agustiniano*, Ed. BAC, Madrid 1994, p. 457.

¹⁷⁷ Ep.Io. 1,12.

¹⁷⁸ En.ps. 84,12. Citado en SAN AGUSTÍN, *Nos hiciste Señor para ti*, p. 455.

¹⁷⁹ Cf. ser. 337,2-3.

¹⁸⁰ Si el lector desea conocer más detalles sobre lo que San Agustín piensa y escribe acerca de la paz (en cuanto a lo que supone de aspiración, búsqueda, posesión,

5. CONCLUSIONES

A. La lógica de la mansedumbre

Agustín no sólo habló de la mansedumbre, sino que vivió desde su lógica: trabajó por la salvación común, valorando la paciencia, la suavidad, el temor y el temblor ¹⁸¹. La lógica de la mansedumbre la necesitamos hoy más que nunca. Nuestro mundo está muy herido, y vive frecuentemente en medio de la agresividad. En el siglo XXI necesitamos la lógica de la mansedumbre; es la que nos impele a buscar el bien del otro desde la amabilidad, la afabilidad, la serenidad y la dulzura de trato. Nos pide reprimir palabras duras, gestos abruptos y actitudes iracundas. Nos enseña a contemplar al que es manso y humilde de corazón (Mt 11,29), que es el que no vocifera, no alza el tono, y no hace oír su voz en la calle (Is 41,1-3). Nos abre a la posibilidad del amor, la libertad, la justicia, la solidaridad, el consuelo, la equidad y la igualdad de los que son hijos de un mismo padre y hermanos entre sí ¹⁸². Esto nos exige vivir como Cristo: no haciendo caso a nuestra voluntad, y sí a la voluntad del Padre ¹⁸³. Junto a Cristo aprendemos verdaderamente qué significa ser manso ¹⁸⁴, y esto es algo que necesitamos mucho.

naturaleza, dimensiones, rupturas de la misma, realización en la ciudad de Dios, conveniencia [o no] del uso de la violencia y horizonte escatológico) recomendamos acudir a las indicaciones de TEJERINA ARIAS, G., *La paz: aspiración, búsqueda, posesión*, Ed. FAE, Madrid 2003.

¹⁸¹ Cf. vita pos. 9. Citado en CAMPELO, M. M^a, *San Agustín: las bienaventuranzas*, p. 227.

¹⁸² De todo esto nos habla ampliamente CAMPELO, M. M^a, *San Agustín: las bienaventuranzas*, pp. 207-209; 225-227.

¹⁸³ Cf. Io.ev.tr. 22,15.

¹⁸⁴ Una Madre Agustina contemplativa nos asegura que ser manso significa ir muriendo poco a poco a uno mismo (Jn 12,24). Significa quitarse el disfraz, y renunciar a las cosas de esta tierra. Significa negarse a dominar, reconociendo que sólo hay uno que es Omnipotente. Significa amar, arrodillarse, servir, admitir ser entregado, como el Cuerpo ofrecido de Cristo (Lc 22,19). A veces significa aceptar el abandono, renunciar a las ternuras, y limpiarse los amargos sudores alejados de los consuelos. Lleva a despojarse de tantas pretensiones y a guiar el timón del alma hacia el camino de la paz. Significa perdonar y pedir perdón. Significa escuchar en silencio y disfrutar –con la calma, el sosiego y el reposo– del Misterio de Dios. Significa abrazar la propia pequeñez, cuando la agitación de las pasiones desaparece. Es entonces cuando acontece la paz más íntima, la que nada ni nadie podrá jamás quitarnos. Llega el momento de vencer la desesperanza y la inmisericordia. Llega el tiempo de ofrecer apoyo, dulzura, luz, verdad, vida... El manso deja su vida en el querer de Dios. Permanece en la fe, descansa en el Espíritu y lleva a gozar del

El Papa Francisco es muy consciente de los beneficios de la mansedumbre, y por eso en su exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* (=GE)¹⁸⁵ nos habla de esta virtud. La vincula a la paciencia, a la superación del orgullo, al aplacamiento de la vanidad y al saneamiento de las relaciones sociales (cf. GE 71;112-121). Esta virtud nos permite mirar los límites de los otros con ternura y mansedumbre; nos evita tensionarnos, estar engreídos, creernos superiores a los demás, y desgastar inútilmente energías (cf. GE 72). Hemos de pedir la gracia de la mansedumbre al Espíritu Santo, para corregir lo que nos molesta –y a los adversarios– con buen espíritu, reconociendo que también nosotros podemos ser tentados (cf. GE 73). La mansedumbre se asocia así a la santidad (cf. GE 74). Si vivimos desde la lógica de la mansedumbre, nuestro mundo será más habitable y fraterno.

B. La herencia prometida

Los mansos del siglo XXI son como los *anawim* de la Biblia: esperan recibir –por encima de todo– la herencia del Señor. Esperan en el Señor, se fían de Él, poseerán la tierra y gozarán de inmensa paz (cf. Sal 37,9.11). El Señor confía en ellos, pues asegura: «*en ese pondré mis ojos, en el humilde y el abatido, que se estremece ante mis palabras*» (Is 66,2). La herencia que promete la mansedumbre es el descanso para las almas (cf. Mt 11,29). En medio de las fatigas del mundo es saludable buscar este descanso sólido, reparador y perdurable.

Esta herencia, si la queremos, la recibiremos como don. Es el don que recuerda a los creyentes la promesa de la “tierra prometida”, de la que ya se hablaba ampliamente en el Pentateuco (Gén 15,4 y 28,4; Dt 2,31; 3,12; 4,1; 6,18; 16,20; Nm 21,35). Es la tierra asociada a la bendición abrahámica, a la escucha y al cumplimiento de los mandatos enseñados por Dios, a la promesa divina... Es la tierra de la independencia, la libertad, la justa repartición y las abundantes riquezas. ¿Y puede haber alguien, en su sano juicio, que no quiera habitar en esta tierra...?

Dios promete esta herencia a los mansos. La recepción de la misma no exige la muerte del donador, pues se trata del mismo Dios. La tierra que

Reino del Señor (Cf. SOR M^a CARMEN FIGUEROA SERRA, *Las bienaventuranzas del Reino. Un itinerario de Hermandad*, Ed. Consejo de Hermandades y Cofradías de la Semana Santa de Huelva, Huelva 2018, pp. 28-29 y 45-47).

¹⁸⁵ FRANCISCO, *Exhortación apostólica Gaudete et exsultate*, Roma 2018. Disponible on line: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.pdf /. Consulta: 11/09/2018.

MANUEL SÁNCHEZ TAPIA, OSA

se nos promete es la tierra que mana leche y miel. Es la tierra con sabor a cielo, cuyas delicias apetecibles pueden gozarse ya en el mundo presente. La puerta de acceso a la misma no es otra que la mansedumbre, y si hacemos caso a Agustín de Hipona no nos cansaremos de entrar por ella.

Manuel Sánchez Tapia, OSA
Real Monasterio de El Escorial
mansantap@gmail.com